

bo. Aparte de los lazos de afecto que deben ante todo existir, se requieren condiciones económicas favorables, requisitos de edad, de salud, &c., que restringen en un núcleo civilizado la natural tendencia á la satisfacción del instinto conservador de la especie. Y estas condiciones desfavorables al mantenimiento del verdadero papel de éste, unidas á otras que voy á examinar hacen que se desnaturalice la finalidad del instinto sexual y se crea que ha aparecido no para velar los intereses de la continuidad humana sino para proporcionar satisfacciones altamente sensitivas ó sensuales; la emoción de psíquica superior queda reducida á la sola sensación de origen medular, inferior en categoría.

Y entre la edad de aparición de la actividad reproductora y la de formación de un núcleo de familia, pasa el instinto sexual por multitud de pruebas, que son las únicas que constituyén la vida social del que no ha de dejar descendencia. La continencia sexual es ilusoria, sin llegar á exagerar demasiado la urgencia de satisfacer dicho apetito si es un hecho perfectamente averiguado que la naturaleza espontáneamente, como preparativos para la vida sexual perfecta y la sociedad, como garantía de la fidelidad base de la verdadera unión exigen ambas que de un modo periódico se desempeñe una función por ese momento desprovisto de fines trascendentes. Este desempeño moderado, esta periódica excitación de los centros nerviosos, es exagerada cada día más por una sed insaciable de placeres que abraza á la Sociedad Moderna. Nos vemos rodeados continuamente y por todas partes de excitantes sexuales; el sensualismo *voilà l'ennemi!* nos posee y sacude, y amenazándolo todo, la familia, la salud, la honra, el porvenir de la raza.

La literatura ocupa un papel importantísimo en el génesis de esta hiperexcitabilidad sexual; los literatos sensuales antes que todo, trazan algunos con mano maestra, otros con lápiz torpe, cuadros vivísimos, en que reina la lascivia más extraordinaria. Se canta ya no sólo el amor sexual normal; no, se llega á revivir un pretexto de reminiscencias históricas y resurrecciones de épocas idas; el amor lesbio, el amor si es que puede llamarse así, sodomita, y la Afrodita de Pierre Louis y la Agnía de Lorrain, ocupan lugar preferente en la escogida biblioteca actual. Quien haya pasado por los escaparates de las grandes librerías extranjeras recientemente, verá expuestos á la luz meridiana obras que con el amante de las mujeres, la iniciadora, las cortesanas, Mesalnia y tantas otras son otros tantos agujones activos de un apetito desviado de su objeto. Y esta literatura, al alcance antes de sólo algunos que podían gastar su dinero en escritorio, se abarata y se cae en manos de todos: circulan descaradas, desenvueltas, las obras las civasentre todas las autoridades, que antes perseguían este tráfico inmoral, se encoge de hombros y no es raro ver junto al policía al sucio pilluelo que ofrece á los inberbes sedientos quinientos ó más masturbaciones por 10 centavos. Publicaciones ilustradas falsean el concepto de la belleza plástica y ofrecen en buenas ó malas ilustraciones manjares desnudos